

GARCÍA CALDERÓN, Ángeles y Juan de Dios TORRALBO CABALLERO. *Poesía inglesa femenina del siglo XVII*. Colección La Torre del Virrey. Serie Clásica. Valencia: Letra Capital, 2009, 221 páginas [ISBN: 978-84-937163-3-2].

Puede afirmarse que si existe una poesía rica en matices, en la que se encuentran sensibilidades muy diferenciadas unas de otras, no cabe duda de que se trata de la poesía inglesa. Así, y aunque la lengua inglesa haya mantenido de una manera severa sus características propias, en el plano cultural, y muy especialmente si consideramos el ámbito literario, se ha servido de todo lo bueno que encontraba en las tan distintas civilizaciones de los países conquistados, especialmente a partir del siglo XVII. Es por ello que desde un primer momento, poetas como Jonson, Donne o, principalmente, Shakespeare, irrumpen en el universo literario europeo con una fuerza sólo comparable a la que en ese mismo período histórico goza la lírica española. La literatura inglesa desde siempre ha contado con grandes maestros de la métrica y la rima cuando éstos eran los argumentos principales que los poetas empleaban para destacar; del mismo modo que posteriormente, con las nuevas tendencias de la modernidad (especialmente con el verso libre), habrá excelentes creadores ingleses que las adopten con maestría. Sin embargo, cabe destacar que en el proceso de la evolución de la literatura inglesa y, especialmente, en el de creación poética, las mujeres también cuentan con un papel destacado. Así, comienzan a cultivar su mente como un medio para expresar sus sensibilidades, a pesar de los riesgos que puede conllevar el desempeño de su escritura en su vida cotidiana.

La poesía escrita por mujeres está alcanzando la posición que merece en el panorama literario universal en la actualidad, si bien la crítica ha prestado siempre una mayor atención en los siglos XIX y XX. Por ello, García Calderón y Torralbo Caballero pretenden, con el presente volumen, *Poesía inglesa femenina del siglo XVII*, conceder un tratamiento equivalente al siglo XVII. La obra se articula en torno a dos partes fundamentales. En la primera de ellas (pp. 9-29), los autores realizan una introducción a la poesía femenina inglesa del siglo XVII; la segunda parte (pp. 31-221) está dedicada a siete de las autoras más destacadas del siglo XVII inglés: Lady Mary Worth, Anne Bradstreet, Margaret Cavendish, Katherine Philips, Aphra Behn, Anne Killigrew y Anne Finch. Es el XVII un siglo de buenas, aunque casi desconocidas poetisas, salvo Aphra Behn (y en general no por su obra) y la actual revitalización de la poesía de Katherine Philips; pero las dos aportan su contribución en la renovación del lenguaje poético en Inglaterra. En 1700 se publicará la primera publicación importante en lo que respecta a la contribución femenina: una colección de poemas escritos por mujeres con el título de *The Nine Muses*. Poco a poco se empieza a reconocer la labor

de las mujeres como poetisas y en la década de 1750 se les dará un impulso decisivo para ayudarles a ejercer la profesión que deseaban ejercer, si bien teniendo que ajustarse a los cánones relacionados con la idiosincrasia propia de su sexo (“beautiful”, “soft” y “delicate”). Aun así, se tratan todos los problemas, preocupaciones e inquietudes de su época.

Tras unas breves “Consideraciones sobre la poesía inglesa femenina del XVII” (pp. 9-13), se hacen referencias a “Las antologías de poesía inglesa” (pp. 13-20). A continuación los autores citan las dos tipologías más comunes de las antologías de traducción: “antologías de traductor” (el antólogo realiza la selección y traducción del material que se incluye) y “antologías de editor” (el antólogo se limita a elegir traducciones previamente publicadas) sin desarrollar más estas propuestas, que podría ser de gran utilidad para el estudioso, pero García Calderón y Torralbo Caballero si tienen en cuenta en el libro la geografía y la lengua, la época y el sexo de las autoras como temática distintiva. Resultan de gran interés las reflexiones recogidas en “Esta obra y su traducción” (pp. 21-23) acerca de las dificultades que presenta la traducción literaria y, en concreto, la traducción de poesía. Especialmente, cabe reseñar que los autores afirman que si “ésta [la traducción literaria] tiene (o debe) trabajar teniendo en cuenta el lenguaje común, así como asumir las vigencias literarias de su época, la traducción poética puede abstraerse de estas normas no escritas, pero de una gran importancia en el resultado final”. Así, defienden que la expresión “universal” y “atemporal” de la poesía le otorga una serie de privilegios, entre los cuales destaca el hecho de no someterse a las convenciones lingüísticas predominantes en ese momento, en este caso en pleno siglo XXI.

La segunda parte de *Poesía inglesa femenina del siglo XVII* recoge, para cada una de las siete autoras una breve biografía, seguida de su bibliografía complementaria correspondiente, y una selección de poemas cuya traducción se presenta en espejo (enfrentada), con el fin de que se pueda comparar y estudiar el texto original junto con la traducción realizada por los investigadores. La primera de las poetisas, Lady Mary Wroth (pp. 31-49), se nos presenta como pionera, pues es la primera que publica una obra de ficción en prosa, así como una secuencia de sonetos. En este caso, los autores han seleccionado dos poemas representativos de *Urania* y *Pamphilia to Amphilanthus*, junto con cuatro sonetos, donde se aprecia el sobresaliente estilo de la autora. La sigue a continuación la primera poetisa norteamericana, Anne Bradstreet (pp. 51-75), que destaca tanto por ser la primera mujer que publica en Estados Unidos, como por reflejar las costumbres de la vida colonial de Nueva Inglaterra; su poesía, sencilla y a verdadera como puede apreciarse en los cuatro poemas traducidos en este libro, refleja los valores tradicionales desde una perspectiva intimista.

Margaret Cavendish (pp. 77-99), la tercera autora seleccionada, es pionera como escritora, así como creadora de teorías científicas, derivadas ambas facetas de su experiencia vital. Especialmente sobresaliente es la traducción que García Calderón y Torralbo Caballero realizan del extenso poema "A Dialogue Between Melancholy and Mirth", y en el que la posibilidad de la lectura en espejo (algo que debería ser indispensable en toda traducción de poesía) permite una mejor comparación y comprensión del original.

La cuarta autora, Katherine Philips (pp. 101-125), había comenzado a escribir poesía poco después de contraer matrimonio con James Philips, hecho que no pasó desapercibido para el poeta metafísico Henry Vaughan, quien comenzó a publicar sus poemas. Durante su vida, pudo ver dos de sus libros impresos, una traducción de *La Mort de Pompée* de Corneille y *Poems by the Imcomparable Mrs. K. P.*, que no fue autorizado por la propia autora. Aun así, las distintas reediciones póstumas supusieron un gran éxito, especialmente porque se trataban de una mujer ya fallecida. Cabe destacar que Katherine Philips fue considerada una especie de contrapartida respetable a la figura de Aphra Behn, a quien muchos destacados críticos calificaban como "inmoral y vulgar". La propia Aphra Behn (pp. 127-171) es la siguiente autora recogida en *Poesía inglesa femenina del siglo XVII*. Los ocho poemas traducidos ponen de manifiesto la fuerte personalidad de la autora, así como su libertad de expresión en todos los temas y su atrevimiento, pues se aleja de las ataduras éticas y escribe poemas dedicados tanto a hombres como a mujeres. La siguiente autora, Anne Killigrew (pp. 173-193), gozó de una educación muy esmerada y tenía un gran conocimiento de la mitología clásica y de la historia sagrada, lo cual queda de manifiesto en la lectura de sus poesías. Su único libro publicado es una especie de miscelánea que consta de treinta poemas, cuatro de los cuales se han traducido en esta obra, con una gran variedad temática: odas pindáricas, amor, mitología, religión o política, entre otros. Finalmente, la obra se cierra con la traducción de seis poemas de Anne Finch (pp. 195-221). Dama de Honor de la duquesa de York, la futura reina María I de Inglaterra, Escocia e Irlanda, su cercanía a la Corte la lleva a exiliarse, por no aceptar jurar lealtad a Guillermo III de Orange y María II. Así, su poesía le sirve de refugio para paliar la pena que su marcha de Londres le provoca. Cuando Ana Estuardo llega al trono, Anne Finch ya había escrito numerosos poemas y había realizado traducciones, si bien difunde sus obras por los círculos privados, no desea publicarlas, para evitar hacer público que ella era Dama de Honor y, por tanto, estaba vinculada a la Corona.

Como conclusión, podemos aseverar que la tarea traductora llevada a cabo por García Calderón y Torralbo Caballero encierra el mérito no sólo de

haber abordado un siglo, el XVII, tradicionalmente olvidado por la crítica, sino también el del gran esmero y cuidado que ellos (editores y traductores) han puesto de manifiesto en la selección de las autoras, así como de los poemas traducidos. Asimismo, la minuciosidad de los datos aportados a la breve biografía que se incluye para cada autora no sólo permite conocer mejor su obra, sino que además esta contextualización resulta de gran interés para los estudiosos de la literatura inglesa y de la traducción poética al español.

[CRISTINA HUERTAS ABRIL]

David HERBERT LAWRENCE: *Apocalipsis*. Traducción, Introducción y Notas de José Luís Palomares. Editorial Cuadernos de Langre. Biblioteca Paralela. San Lorenzo del Escorial, Madrid, 2008. 125 págs.

En su última obra *Apocalypse* escribía poco antes de morir el más controvertido de los autores ingleses del siglo XX, D. H. Lawrence: “lo que ansía el hombre con más pasión es la totalidad y la armonía viva, no la salvación individual de su alma. Soy una parte del sol, al igual que el ojo es una parte de mismo. Que soy un trozo de tierra lo saben mis pies y mi sangre es un trozo de mar”. Tal vez por ello, cuando murió en 1930, prematuramente, la afamada revista literaria “The Criterion”, dirigida por el ultraconservador T. S. Eliot, no se enteró, a pesar de que otro gran crítico le dedicara en esos días este panegírico: “the greatest imaginative novelist of our generation (has died)”. Eran palabras de otro gran escritor y crítico, E. M. Forster.

También ésta fue la última traducción de José Luís Palomares, quien nos ha dejado también prematuramente hace solo un año. Una larga y afectuosa amistad me mueve a dedicarle esta reseña con admiración, no exenta de contenida emoción, por este magnífico traductor y poeta, profesor y ensayista erudito, y editor selecto. A las prestigiosas editoriales SWAN y Cuadernos de LANGRE de San Lorenzo del Escorial les infundió su entusiasmo intelectual, toda la energía vital y toda la sensibilidad que irradiaba su persona. Como traductor estoy seguro de que no le hago del todo justicia si digo que era un gran mago de la palabra, que poseía no sé qué arcanas claves para traducir magistralmente a los poetas más complejos, como eran William Blake (*El Libro de Urizen*, Hiperión) o T.S. Eliot (*La tierra baldía*, Cátedra). En esas traducciones nadie lo ha superado, y por lo alto que deja el listón, dudo que alguien lo haga algún día. El vacío que deja difícilmente se podrá colmar.

En la obra de Lawrence que reseñamos, como en todo aquello que traducía Palomares, había algo de su propia forma de pensar y de ver la vida, porque era un “traductor apasionado”, y como tal, ha dejado su